



AVENTURAS Y PECADOS
DEL DESVENTURADO
JUAN ARRAPIEZO

Javier Santos

AVENTURAS Y PECADOS
DEL DESVENTURADO
JUAN ARRAPIEZO



Primera edición: octubre 2024

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Javier Santos

ISBN: 978-84-10400-48-1

ISBN digital: 978-84-10400-49-8

Depósito legal: M-21254-2024

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Este libro está dedicado a todos aquellos que me sustentan,
que me animan, en esta locura de escribir.
A aquellos que no solo impiden que naufrague,
sino que hinchán mis velas con su aliento.
Con todo mi agradecimiento.
Y siempre, siempre, a ellos tres: Rodrigo, Patricia y Victoria.
Si faltaran, ¿qué sentido tendría todo?*

«...La guerra es de por vida en los hombres, porque es guerra
la vida, y vivir y militar es una misma cosa».

FRANCISCO DE QUEVEDO

Prólogo

Y heme aquí, un día de abril del año de Nuestro Señor de mil quinientos cuarenta y siete, treinta y uno del reinado de nuestro esclarecido monarca, Carlos I, César de Roma y emperador del Sacro Imperio, tras una vida de mentiras y verdades a medias; de aventuras sin cuento; de riesgos y trabajos propios, más que de simple particular, de un Hércules revivido, siendo así que arduo sería relatar por lo menudo, tal como se merecen, las muchas sombras y alguna luz que la vida me ha deparado no siendo yo un bardo ciego en lugar del mero pícaro que soy. Una vida de amores, lascivia, odios y violencias; una vida, pues, sufrida, llorada, reída, ya casi gastada, y tan rifada que en verdad es esta triste manera de acabarla, y mejor suerte mereciera que dar con mis huesos en aquesta lóbrega mazmorra del Santo Oficio, en la que no temo tanto enfermar de las muchas humedades que empapan sus fríos muros —pues dudo que viva tanto como para temer sufrir de fiebres o bubas— como el calor que desprenden los carbones donde enrojecen tenazas y hierros, remedio seguro contra las trabazones de lengua y recalcitrantes mudeces.

Fue orden de mi viejo enemigo, fray Pere de Montcada, beato meapilas, fariseo, azote de mozárabes, judaizantes, sodomitas, blasfemos, bígamos y brujos, lo que aquí me trajo para que, entre mis recuerdos, busque, señale, denuncie y condene a cuantos de entre tanto pecador irredento hubiera conocido; yo, que jamás conocí otra cosa. Para que recoja asimismo por escrito los actos infamantes, crímenes, abortos o cualquier otro escándalo que emponzoñar pueda la honra y honor de las nobles familias con las que tuve

trato; las hermosas doncellas, o no tan hermosas ni tan doncellas, a las que serví; los apuestos donceles y arrojados capitanes a cuyo lado, o en cuya contra, trabé combate, a fin de arrojar sus cuerpos y memorias al infierno. Sus cuerpos, no sus bienes; los bienes, como bien se sabe, son siempre terrenales y aquí quedan para disfrute de otro, fuera este quien fuese, aunque suelen ser siempre los mismos.

Con objeto de llevar a cabo esta labor a entera satisfacción, me ha dejado recado de escribir: tintero, cálamo y papel, donde emponzoñar pueda memorias negro sobre blanco. A cambio me ofrece mi vida, o lo que de ella reste que, por mucho o poco que esto fuere, es en verdad cuanto tengo, siendo así que es lo único que me separa del olvido, pues nadie atrás dejo que por mí pene.

Desequilibrada balanza, difícil equilibrio. Por otro lado, ¿cómo podría yo mentir al Santo Oficio? Pecado es, y no de los pequeños. Eso me condenaría por toda la eternidad siendo, como afirman que es su misión, servir mejor a Dios separando aquellos cuyas ánimas retorció Belcebú, para ofensa y daño de la verdadera fe con toda clase de actos inicuos y obras nefandas, de los justos y buenos ante la Santa Iglesia.

Por otro lado, y siendo como soy no del todo tardo pues alcanzan mis entendederas a comprender que, por muy santos que sean sus motivos, sus maneras más propias parecen de Satanás, prefiero arder por mis muchos pecados en un infierno del que nada de cierto sé que ver mis carnes abrasadas arrancar pedazo a pedazo por tenazas puestas al rojo y cuya imagen, ahora mismo, me atormenta con su simple vista.

Asgo pues el cálamo, entinto su biselada punta, y me apresto a confesar cuanto vi, escuché, intuí, imaginé, e incluso a inventar todo aquello que me permita a mí, Juan, por mejor nombre, Arrapiezo, salir con bien aun cuando fuere haciendo el mal, pues nada es más cierto que la vida no es sino supervivencia. Y la nobleza y honradez, que en un noble son galanura, simpleza supone siendo pobre, y en lo que a aquellos los cubre de fama y gloria, a nosotros, meros ganapanes, tan solo de sudario nos sirve. Y ya, sin más, doy comienzo al relato de una, la mi vida, tan plena de azares, como parca en milagros.

LIBRO I

Capítulo I

Nada sé de cierto sobre mi primera edad, salvo que nací en un mundo que no me necesitaba y, si bien no guardo de ello recuerdo, supongo que a la luz de ese conocimiento lloré como lloran los recién nacidos: como animales bajo el cuchillo del matarife.

De igual modo, fui pronto conocedor de que a mis semejantes poco les importaba mi suerte, la mala; si bien la otra, la buena, sí parecía concernirlos en tanto o en cuanto dieran en obtener algún beneficio de ello. E incluso entonces, en aquellos extraños y breves momentos en los que el sol reparaba en mi presencia y lucía tan solo para mí, debía andar presto no fuera que se me arrimaran a su calor gentes aprovechadas dispuestas a robarme, uno a uno, sus contados rayos.

Por lo demás, poca memoria guardo de quienes sin duda fueron mis progenitores. Dicen que fue mi padre hombre poco amigo del agua y que, no por dejar de ser sucio, dejaba por ello de huir del cerdo como de la peste. Lo cual, a lo que parece, le costó ser paseado, tocado de capirote, por las calles de esta villa para escarnio y advertencia de tanto marrano converso como fingía ser cristiano de puertas afuera pero que, de jubón adentro, guardaban un miembro flácido y rebanado.

Quizá debido a ello —al miedo digo, pues dicen también que, si bien era cierto que, como a Moisés, las aguas se abrían a su paso sin mojarlo, se sumergía hasta el fondo en todo vaso rebosante de vino que se cruzara en su camino, y mucho dudo que temiera por su honra por ser borracho siendo como era sucio y judío por más estigma—, huyó dejando atrás a quien nada de provecho producía y que ni siquiera podía servir de alimento, mas al contrario, comía como los buenos; es decir: yo. Y de paso a mi santa madre, la cual, llegado el momento, decidió que bastante tenía con sus tristezas como para soportar, de sol a sol, los lloros del mamón que esto escribe. No la culpo por ello, solo lamento no guardar siquiera el eco de su voz que servirme pudiera de arrullo en el frío de la noche.

La única presencia de la que guardo memoria de aquella mi infancia es la de alguien que decía ser mi tío. Él fue quien diera en llamarme Arrapiezo por mejor nombre que, en cuanto atañe al conocimiento de mi progenie, si le place, bien pudiera ser la de vuesa merced que lee este escrito pues en verdad, a mí, una higa me va en ello.

Recuerdo, decía, su cabeza rala de cabello mientras, por el contrario, el resto de su cuerpo seboso aparecía cubierto de espeso y áspero vello, como si la fiera que llevara dentro pugnara por salir al exterior; aunque bien pudiera ser que fuera el vino, al que era muy aficionado, quien convocara al demonio que escondía en su interior como, dicen, hacen los nigromantes con Belcebú. Sin embargo, sin él pretenderlo, algo hizo por mí que fue lo primero de bueno que conociera en mi vida: me vendió como siervo a una mancebía; con el tiempo le agradecería a mi pariente sus desvelos según sus méritos.

Aquel fue mi primer y verdadero hogar, y aquellas pobres mujeres de quienes, como si de cerdos se trataran, se aprovechaba toda la carne, me acogieron como uno de los suyos, quizá porque vieran en mí el vástago que no se les permitía tener. Con tanto cuidado, y casi incluso cariño, por la razón que fuera, me acogieron. Tal vez porque, en el fondo, para las putas, todos somos sus hijos.

Mis primeros quehaceres fueron cosas sencillas tales como ayudar en la cocina o vaciar los aguamaniles donde flotaban los restos, como de moco, dejados por la virilidad del hombre y sobre el que flotaba un tufo a almizcle propio de mujer, cuyo hedor llegó a revolverme las tripas. Puede que por ello jamás conocí el amor romántico al que cantan los poetas y el cual solo las mujeres, y esos mismos poetas, son capaces de sentir, sufrir y vivir como real. Fuera aparte del que llegara a sentir por mi señora Leonor, y hartos dolores y quebraderos de cabeza me reportó aquel imposible que, visto desde la calma que proporcionan los años, más que amor pareciera hechizo que nublara el entendimiento. Por ventura fuera bebedizo aquel primer y postrer beso que libara en mis labios una cálida tarde en Castilla. Mágico conjuro del cual ningún exorcismo podría liberar mi alma tras verse abrasada por su aliento, pira erigida a su belleza donde ardió mi existencia y mi suerte. Suerte que, por complacer sus muchos caprichos y traiciones sin cuento, tantas veces rifé como si de un juego inocente se tratara, junto con la de todos los incautos atrapados entre el sortilegio de sus ojos zarcos y el embrujo de sus oscuros cabellos; sin embargo, para eso aún faltaban años, trabajos y pesadumbres sin cuento.

Pero veo que su memoria me desvía de mi relato arrastrándome hacia la isla que su recuerdo, maldito y bendecido en igual manera, en el mar embravecido que es la vida, me supone. Mucho mal es el amor, y peor todavía el apasionado al que, sin haber podido dar a la diaria convivencia tiempo de sosegarlo, se te ha quedado dentro, enquistado.

Como decía, fue aquella casa de alegre pecado mi primer hogar verdadero, y aquellas pobres cantoneras plagadas de pulgas y los dos niños junto con los que crecí compartiendo jergón, chinches y piojos, mi primera familia. En mayor medida una de las prostitutas, una de aquellas que motejaban «pandorgas», por ser ya entradas en carne y años, y a la que me hubiera gustado llamar «madre», si bien la conocí como Eloísa. Pues la figura de «padre», en sentido figurado, la desempeñaba el jaque dueño del burdel, pues tal es el tra-

tamiento que se los otorga sin bien, en el caso del nuestro, aparte del nombre poco había en él de paternal y sí, y mucho, de pedernal.

Era, cierto es, un hombre duro, tanto como apalabrado. Si te juraba muerte, eras muerto; pero si por el contrario te consideraba de los suyos, sangre eras de su sangre y acero de su propio cuchillo. Su nombre era Bernal, pero todos lo temían como Tajo. Y es que su habilidad tanto con el estoque como con la misericordiosa, habilidad que se esforzó en traspasarnos y que me llevó a arriesgar mi vida tanto como la puso en salvaguarda en no pocas ocasiones, alguna para mi propia vergüenza, era respetada y temida, forjada como fue en la fragua de las legiones del rey, allá, en las guerras antiguas de la lejana Italia y Austria.

Solía permanecer sentado en una esquina del fondo de la mancebía. Aún creo estar viéndolo, engrasando la vaina de su espada, repasando las puntadas del tahalí del que esta colgaba o, con mayor frecuencia, deslizándolo con mucho mimo una piedra de toque a lo largo del filo de su ropera guarnecida de alambicados gavilanes nielados de plata.

—Dos únicas joyas debe portar un hombre por todo adorno—se dirigió a mí un día que me descubrió espiando aquella liturgia cuyo significado entonces se me escapaba—: su honra y su espada. Lo demás es oropel y afeminamiento.

Y esa suponía toda su filosofía, y a fe que a ella le era devoto.

Eloísa era buena mujer, y religiosa, por más que, debido a su condición de puta, no se la permitiera asistir a misa salvo los días reglados para mujeres de su condición y oficio. Rondaría los cuarenta años, aunque tanto diera pues, en dejando atrás la veintena, la primavera no da paso al verano, sino que a todos nos tiñe de otoño. Era habladora y gustosa de solear sus muchas vivencias de juventud, cuando era hermosa y galana, querida de muchos y muy buscados, y bien pagados, sus amores. Fue, según sus palabras, cortesana de esas que llaman «toisones», por andar revueltas entre camas bajo palio y sábanas de nobles. Y eran tantos sus requebradores que, según sus palabras, debían concertar con ella cita previa,

llegando algunos a pagar sus favores con oro traído de unas lejanas ínsulas que llamaban Indias para saltarse turno.

Ignoro cuánto de aquello fuera cierto, ni maldita la falta que me hacía saberlo. Yo escuchaba embelesado sus historias mientras sorbía un caldo tibio de pan con ajo, riendo mientras la contemplaba mecer su voluminoso cuerpo alrededor de la exigua habitación pergeñando una gracia y un donaire más propios de lavandera que de la famosa hetaira que solo ella recordaba haber sido.

Por lo demás, la casa era parada y fonda de los restos baqueados de mil y un naufragios: soldados de rala fortuna, comerciantes escasos de fondos, curas menguados de fe... Entre aquella parroquia y muros, las busconas iban y venían y apenas guardo de ellas recuerdo, salvo de alguna como mi madrastra o la Bizca, llamada así no porque fuera bisoja, sino porque decían, y decían bien, que desorbitaba los ojos enloquecida de placer cuando tenía un hombre entre las piernas. Mujer feliz entre los mortales todos por cuanto cobraba por hacer lo que gozosa hubiera hecho gratis. Doy fe de que viera yo descender aquellas escaleras carcomidas, encallecidos veteranos del tercio temblequeando sobre sus piernas como ancianos aquejados de azogue, perjurando que antes preferían un asalto nocturno a las tropas del pérfido rey de Francia que otra noche con la Bizca dando saltos sobre ellos. Ella fue la que me descubrió que mis partes, más allá de vaciar mi cuerpo de orina, servían también para otros menesteres. Si bien, a fuer de sincero, no recuerdo yo gran cosa de aquel encuentro, ni gran huella dejó en mí más allá de considerar durante harto tiempo que, lo mismo que usan de ungüentos y aceites con las que embellecer sus cuerpo, u ocultar en lo posible su fealdad, era costumbre de mujer frotarse un pescado pasado por sus partes pudendas, pues ese olor sí que se me quedó grabado, y de tal manera que asqueado rehuí en no pocas ocasiones el uso de hembra más allá de desfogar mis necesidades carnales en alguno de sus cálidos agujeros.

En cuanto al resto de mi compañía, la conformaban mis otros dos compañeros de orfandad o abandono: Fáñez, por mejor nom-

bre Raposo, quien jamás ganó un ardite con su propio esfuerzo, pero al que nunca faltó un maravedí fruto del esfuerzo ajeno. Y Mudo, mi compadre de tantas peripecias, a quien todo lo que le faltaba en palabras le sobraba en verdad. No nació este sin esa capacidad oratoria de la que otros pecan por demasía, no. Fue, quién sabe si su padre, madre o quizá ambos, quienes, sin duda hartos de sus lloros, le tajaron el gáznate dejándolo casi sin voz, carencia de la que le compensaron legándole un costurón en mitad del garguero. Emitía unos sonidos guturales, e incluso alguna esforzada palabra atravesaba doliente su garganta, siendo yo trujimán de su degollado lenguaje. Muchas cosas vivimos juntos él y yo, y jamás faltó a su deber ni como amigo ni como hombre. Y tan oscura como fue su vida, gloriosa fue su muerte, que, si en vez de no haber nacido de nadie, hubiera sido hijo de alguien, su nombre y proezas se cantaran de feria en feria al punto que, de haber justicia en el mundo y a cada uno se le otorgaren mercedes según mérito y valía, muchas altas cunas y aun reyes debieran postrarse ante quien cuna nunca conociera, ni aun siquiera tumba.

Capítulo II

En resumidas cuentas, mis primeras memorias resuenan en mi memoria con el eco de voces, risotadas, blasfemias y el entrecocar de aceros en cuyos secretos, día sí, día también, Tajo nos adiestraba. Era este un hombre respetado, como suelen serlo los hombres capaces de hacerse temer con un acero en las manos, de quien se comentaba había luchado durante la segunda guerra de Nápoles. Él, por su parte, salvo cuando estaba muy borracho, o a veces envuelto en sueños en los que ponía nombre a sus fantasmas y recuerdos gritando como si lo desollaran, no gustaba de recordar aquellas jornadas por más que nosotros, sedientos de aventuras, le rogábamos nos hablara de aquellas tierras lejanas, de sus hechos y jornadas. Miraba entonces al cielo como si allá, entre las nubes, entreviera ejércitos combatiendo que tiñeran con su sangre el atardecer de las llanuras de Viena de un rojizo velo. En aquellos momentos, más si había bebido, volvía a ser peligroso en extremo. Sus lances entonces buscaban carne tal cual luchara sobre los embarrados caminos de Gaeta contra los piqueros gabachos, en lugar de contra tres escuálidos rapaces. Su semblante se tornaba pétreo, y malignas eran sus miradas e intenciones. No pocos descosidos tuvimos que remendar en nuestros famélicos cuerpos a consecuencia de aquellas danzas de dementes que, a la postre, nos convirtieron en bachilleres del puñal, peritos en estoque y licenciados en malas artes. En más ocasiones de las que quisiera, supondrían aquellas lecciones mi ruina y mi fortuna, ya fuera en oscuros callejones malolientes, en amplios salones de mármol, a bordo de

una nave o defendiendo a pie firme el pabellón de España sobre un bastión en llamas; aunque para eso aún faltaban años, tantos como desengaños.

Cuando terminábamos nuestras fingidas luchas, baqueteados y goteando sangre, aquellos sacos de pecado envueltas en bastos paños restañaban de buena manera los costurones poniendo tanto empeño en no añadir más dolor al ya recibido como en afearle a Tajo su dureza y escasos remilgos. Aún me parece verlo: seco, anguloso, con su fino bigote y una cuidada perilla, cubierto por su eterno capote y el chambergo decorado con una raída pluma negra, riendo con una jícara de vino meseteño tan áspero y fuerte como él mismo en la diestra y su «quitapenas», el puñal de vela, desmayadamente colgando en su siniestra con algún resquicio de sangre nuestra aún resbalando de su punta.

—Los mimáis en exceso. —Agitaba el puñal mientras con el gesto hacía gotear nuestro líquido vital hasta el suelo—. La única carantoña que les servirá de algo en esta vida es aquella con la que acabo de señalar su carne. La primera que reciben es bisoñez, si hubiere una segunda sería necedad y, de haber una tercera, mejor haría yo dándoles una muerte piadosa que condenarlos con mi misericordia a penar de arrabal en arrabal suplicando migajas como hacéis vosotras, piltracas. Y, ahora, id a trabajar y dejad a estos que se laman solos las heridas, pues yo crío lobos, incluso cabrones, pero no corderos, que estos de nada sirven excepto para el sacrificio. —Y continuaba bebiendo.

Tajo podía ser duro y descreído, y como tal era desabrido en el trato y amargo incluso con las palabras, a veces nos miraba con aquel gesto torcido en su rostro como de zorro y, hablando más para sí que para la parroquia, entre trago y trago murmuraba: «Ved y aprended, raposos —pues era así como nos llamaba a todos—. Pues dudo que ninguno lleguéis a viejo».

No alcanzó mi entendimiento entonces a comprender cuánto había de resabio y profético en lo que, en aquel momento, columbré fueran desvaríos de borracho.

De todos modos, pronto aprendimos a evitarlo los días en que su rostro se volvía cariátide, su ánimo pendenciero y el mal vino le revolvió el cenagal de sus pesadumbres. Tan clara como la palma de mi mano, tengo ante mis ojos su imagen en un esquinazo de la taberna, sentado entre la penumbra, siempre vigilante a cada gesto y cada voz dada entre jarra y jarra de vino agriado. Nunca faltaban desencuentros y trifulcas, que solventaba con mano firme desenvainando advertencias que su predicamento de duelista hábil y pendenciero calmaban excepto en ocasiones en que su faz se vestía de luto y se levantaba en busca de aquel a quien dar entierro.

Y así transcurrió mi breve infancia, entre violencias que espanataban y mugre en cantidad tal que las chinches mismas parecían quejarse de estar plagadas de niño. Tan feliz, en suma, como solo puede serlo aquel que es como yo era: un arrapiezo.

Pero nada es eterno y la dicha, sin duda, la más efímera es de las ilusiones.

Acaeció que acertara a formar parte de nuestra astrosa familia una dama de medio manto, como se conoce a las putas, pues las tildadas de honradas visten manto entero, que ejerciera otrora como atacacandiles en la villa y corte, por más que ella se dijera barragana de obispo. Esta pues, como digo, atacada de fiebres reudentoras, quizá consecuencia de haberse pasado tantas horas tirada de espaldas sobre las frías losas de la sacristía mientras sus piernas abiertas y alzadas se le calentaban con los cirios de la iglesia, dio en enseñarme las letras y aun cuantos latines aprendiera comerciando su paraíso entre curas y sacristanes. Y digo «dio en enseñarme», pues Raposo huyó de ella como de las bubas, y Mudo..., pues eso, de qué le sirvieran.

Fue, Tajo, no obstante, quien me forzó a ponerme bajo la tutela de aquella desbravadora de acémilas.

—Sabe, Arrapiezo —me decía mirándome a los ojos pues siempre te trataba como un hombre y no como un zagal que apenas levantara una cuarta del suelo—, que la distancia que separa al soldado que se hunde hasta su hombría entre el barro mezcla

de sangre y heces, ese al que el frío hiela y el sol abrasa mientras la muerte vendimia cerca, del soldado que aspirar a viejo puede, es la capacidad de leer y escribir aun cuando fuera lo justo para poder sentar plaza como artillero, o incluso ayudante del contador. Qué digo, ¡hasta sargento! Que en las filas donde los hombres son hombres, solo el coraje se mira, y no el nacimiento; eso sí, has de saber leer. Esos contemplan de lejos como los que ni escriben ni leen unos a otros se masacran y, cuando la matanza remite, acuden prestos a rebuscar entre los muertos principales las joyas y oros que estos porten. Y si se da el caso de hacer un saco en una ciudad, salen enriquecidos en telas, plata y aun doncellas obtienen que les calienten las noches. Y eso si como el hombre que sé que seréis, os echáis al camino de las armas enseñoreando Castilla allende estas tierras, pues de otro modo no sé de qué puedan servirte los latines más allá de hacerte monje. Y antes que eso, muerto.

Seguí su consejo, que no era sino una orden. Y bien que me hubiera gustado en verdad agradeceréselo como en justicia merecía, en lugar del pago ingrato que diera a sus desvelos, aun cuando no fuera más que por poder legar esta semblanza escrita por mi propia mano de mis desventuras, así como por el placer que hallé en la lectura, más allá incluso del que se encuentra en los propios de la carne, y de mayor duración sin la menor de las dudas.

Adoré como dioses a aquellos locos autores, desharrapados en su mayor parte, creadores de mundos, rimadores de versos, que cantando gestas o llorando dramas, merecían ser adorados.

Otra nube que vino a oscurecer la neblina donde se desarrollaba mi existencia fue la aparición de aquel que se decía tío mío y que tan gran favor, sin pretenderlo, me hiciera al apartarme de su lado. Así comenzó todo:

Era el primer domingo de mes y, como siempre en tan señalada fecha, se festejaba mercado en la plaza mayor. Dábanse allí cita tratantes de ganado, mercachifles, narradores de historias, barberos sacamuélas y vendedores de pócimas, bálsamos y brebajes, muchos clérigos y, entre tanto profesional de la superchería, aldeanos con

la faltriquera bien llena buscando inconscientemente que alguien los liberara de tan enojoso peso. Así pues, en la mancebía, nos aprestamos a recoger la parte que en justicia considerábamos nos pertenecía.

Vestí mi más ajada camisa que avergonzara lucir a un harapien-to; calcé unos tan astrosos como amplios gregüescos, donde embutí mi pierna doblada simulando, con aquellas anchas calzas, estar falto de una pierna; y en compañía de Mudo, quien simulaba estar falto del seso que en verdad le sobraba, nos dirigimos de esa manera pergeñados a recolectar nuestra parte de la tintineante cosecha de lerdos. Por su parte, Raposo, tan ligero de dedos como parco en remordimientos, se movía entre los aldeanos cosechando en una mañana el mismo botín que un pirata berberisco arramblara tras una singladura afortunada, si bien con mucho menor riesgo.

Nos sumergimos en aquella batahola de vendedores que voceaban sus baratijas ensortijando sus gritos entre mugidos, balidos y toda clase de gruñidos animales que levantaban, al patear nerviosos con sus pezuñas, una polvareda sobre la que se venteaba la fetidez a boñiga, piel sudada y cuero crudo donde era dificultoso discernir cuál era el tufo natural del ganado y cuál el propio del humano. Aquí se negociaba un carnero, allí se sajava una pústula y más allá alguien clamaba: «¡Justicial!», entre lamentos al descubrir que habían cortado su bolsa mientras unos pilluelos corrían pasándosela de mano en mano tan rápido que, cuando llegaban los alguaciles, los muchos o pocos dineros que en la panza de la faltriquera dormían se encontraban bien despiertos ya en manos de un mejor banquero.

En nuestro caso era Eloísa, mi ama, quien, cubierta con su manto de picos pardos como le era forzoso vestir para que no cupieran dudas respecto a su oficio, adormecía en sus entretelas las preseas que Raposo vareaba. Tan pronto se presentaban con mucho ruido e imperio venteando en todas direcciones bandadas de pilluelos, los corchetes, Eloísa se venía hasta las puertas de la catedral poniendo en nuestras manos, a fuer de limosna, el fruto de

tanto ajeno esfuerzo. Y os digo yo que más ganancias había en un domingo cualquiera que en una docena de Dorados, pues el hecho de estar nosotros ausentes en nada impedía que la mancebía dejara aquellos días de prestar sus servicios a pleno rendimiento; por el contrario, era un continuo sube y baja de tratantes que, tras llenar de plata su escarcela, ansiaban festejarlo vaciando la hombría que rebosaba sus huevos.

Dedicados a estos nuestros menesteres, nos llegó el bramido de una muchedumbre que seguía a la ronda clamando justicia contra Raposo, quien venía cautivo entre dos sayones, seguidos de una furia vestida de matrona y su marido que, por su exigua constitución, apenas parecía capaz de cubrir la mitad del espacio que su esposa abarcaba. Aullaba la comadre con palabras más que propias de viejo soldado que de cristiano viejo, poniendo por testigos su progenie e hidalguía, reconocida por la Real Cancillería de Valladolid, contra la culpabilidad de nuestro amigo, quien defendía a porfía entre las bur-las, cuando no insultos, de los parroquianos, su inocencia.

En esa tesitura nos encontrábamos cuando acertaron a salir del santo recinto catedralicio las almas blanqueadas tras haber oído misa de los parroquianos, seguidos de dos frailes dominicos. «¡Raposo!», le señalé con la mirada a los siervos de Dios mientras yo, simulando tropezar entre el tumulto con los palos que me hacían las veces de muletas, me interpose en el paso de los justicias en un lío de bastones, piernas y manos, dándole a mi compañero el tiempo suficiente para intentar acogerse a sagrado. Este no desaprovechó la coyuntura, sino que dio en correr abrazándose a los pies de uno de los monjes haciéndolo trastabillar hasta el punto de casi lanzarlo al suelo.

—¡Protección, ilustrísima! —lisonjeó al fray alzándolo varios escalones en la escalera eclesiástica que lleva al cielo—. ¡Proteged-me, santos hombres, de la injusticia que pende sobre mi cabeza, que no se viera otra semejante desde los tiempos de Herodes! ¡A galeras se me llevan por pobre como si reñido estuviera la pobreza con la honradez! ¡Santo padre, asilo!

Y en diciendo esta sarta de mentiras entreveradas de insensateces, tanto y tan fuerte se afirmaba suplicante en las oscuras cogullas de los frailes que los alguaciles, al tironear de él, hubieran debido desnudar a los religiosos de persistir en su afán por llevárselo.

Tras reponerse al sobresalto inicial, uno de los religiosos, pálido y amplio de cuerpo, con profundas entradas en una cabellera que raleaba alrededor de su tonsura convirtiendo casi en un todo aquella calva, dio en frotarse las hambrientas manos contemplando arrobado a nuestro compinche, como un famélico Moisés que viera lloverle maná del cielo.

—Y de qué crimen se te acusa, hijo. —Le acarició la cabeza con aquella mano blanca, sudorosa y suave propia de un destripador de terrones, sí, pero de azúcar.

—¡Salvadme, padre! Culpable soy de muchos pecados, pero inocente como nuestro Señor soy del que se me acusa. ¡Confesión os suplico!

—¡Inocente! —bramó la enfadada basilisca entre las risas comedidas de algunos de los anteriores perseguidores divertidos ahora con la insospechada función a la que estaban asistiendo—. Inocente dice. ¡Y pone a nuestro Señor por testigo! Con mis propios ojos, que han de comerse los gusanos, he visto a este perillán cortarle la bolsa al botarate de mi marido mientras contemplaba embobado uno de esos teatrillos del demonio.

Rieron ahora libremente los presentes, para sonrojo del corrido marido, las palabras de la harpía. Harpía sí, pero más despierta dormida que su marido despierto.

—Devolvednos al reo, padre —medió respetuoso el alguacil al mando, quien veía como algo tan sencillo como poner en prisión a un hijo de la calle, en terciando la Iglesia, se retorció y complicaba más allá de lo prudente.

El monje obligó con delicadeza a que Raposo alzase la mirada entreteniéndole su mano, más allá de lo necesario, en el rostro imberbe de nuestro camarada. Sobándolo como si se tratara de un puñado de ducados en manos de un prestamista judío. No pasó

desapercibida la verdadera condición, ni los interesados motivos, del fraile en nuestro amigo para la concurrencia que intercambiaron entre ellos risillas maliciosas y codazos cómplices.

«Julandrón —bisbiseaban unos pastores a mi lado—. Mejor le iría a ese tunante jalando del remo en una galera del rey que arrodillado frente a ese monje tirando de rabo».

—¿Es cierto el crimen de que os acusan estas buenas gentes, zagal?

—Por mi fe que no, reverendísimo —insistió Raposo en renombrarlo mariscal de la Iglesia para secreto gozo del fraile.

Satisfecho, puso el monje la mano sobre el cogote de mi amigo.

—Confíadmelo, alguacil, desde este domingo hasta el próximo sábado. Tiempo será suficiente para, en conociendo los sin duda muchos pecados de este rapaz, sacar de él el diablo y traerlo de nuevo a la luz de la verdadera fe.

—Y sin duda sobrado —apostilló guasón otro de los pastores que parecían asistir a aquel acto como si todo fuera comedia, y la vida puro teatro— para buscar un agujero por donde meterle a ese rufián cuanto el monje tiene de santo.

Harto de aquel corrillo de comadres, chanceros y frailes, el corchete decidió dar por buena la solución dejando la suerte del pillo en manos de, nunca mejor dicho, Dios. Ordenó, no obstante, que dos de sus acólitos custodiaran a los frailes no fuera que, a la nueva luz de su repentino arrepentimiento, recayera Raposo en la oscuridad de su pasado y, aprovechando las sombras de una esquina, desapareciera entre las sombras de sus viejos pecados.

Y así orquestado, hacia el no muy cercano monasterio se dirigió la comitiva con la brisa en popa de las risas de los presentes, y el viento huracanado de las diatribas que soplaban los indignados carrillos de la matrona, quien, junto con la plata escamoteada, decía adiós a la fe y esperanza de saciar su sed de venganza ante tanto desafuero, en el huesudo costillar de nuestro compadre.

Mudo y yo tras brotarme, como de milagro, el miembro que simulaba perdido, seguimos la comitiva al resguardo de tapias y

muros buscando el modo y ocasión por donde dar nuestro asalto y liberar al reo, limitándonos, al no hallarlo, a ver como por las puertas abiertas del monasterio se zambullía nuestro amigo como un Jonás en la boca de una pétreo ballena.

Tal cual nos tratáramos de zorros rondando un gallinero, vueltas y revueltas dimos alrededor del monstruo de sillería sin ver manera de asaltar aquellos robustos muros. Como los antiguos frente a Troya, podríamos haber plantado nuestros reales durante diez años ante sus puertas, e igualmente hubiera sido en vano pues ninguno de nosotros era tan práctico en trabajar la madera como para construir un caballo gigante, ni los monjes tan lerdos como para tirar las puertas y pasarlo dentro en caso de habérnoslas ingeniado.

Y fue allí, arrimados a la tapia del cementerio donde reposaban los huesos de los santos frailes, entre silentes cavilaciones de Mudo y dimes y diretes por mi parte, al albur del vaivén de los cipreses, que las ánimas aburridas de los monjes me susurraron burlas con las que sobrellevar el hastío de años de reposo en un bostezante paraíso.

Tras hacer cómplice a mi compañero de aquella descabellada idea, que este rio aceptándola con un entusiasta cabeceo, corrimos hacia la mancebía tan prestos como nuestras jóvenes piernas nos lo permitían. Una vez llegamos, entre jadeos pusimos en antecedentes a todos de lo acontecido y, una vez en marcha nuestras huestes, comenzamos a dar cuerpo a nuestro ardid.

Vestí yo una cogulla que algún santo varón dejara en olvido quizá llevado por las prisas de dejar atrás el pecado tras haber caído en la tentación de cometerlo. Me cubrió rostro y manos mi ama Eloísa con una pasta blanquecina y, de esta guisa falseado, aprovechando las sombras de la noche, volvimos sobre nuestros pasos con cuidado de no darnos de manos a boca con la ronda nocturna.

—¡Sus! —Nos apremiaba Tajo mano en la espada y embozado de capote terciado a la espalda—. Si nos sorprenden los corchetes, acabamos ante el tribunal del Santo Oficio.

Azuzados por esa simple mención que produce escalofríos, nos topamos con la tapia del camposanto. Lanzó Tajo un pequeño gar-

fio atado a una cuerda que prendió al primer intento en un saliente, y trepé por ella como un gato escaldado. Tras afirmarla, pasé la cuerda al otro lado de la tapia y descendí entre las tumbas, fosforescentes bajo la neblina a la luz de la luna. Me ceñí una cadena y, con un poco de yesca, encendí una vela, que situé bajo mi barbilla con cuidado de no quemarme irguiéndome sobre la tumba de un añoso abad. Allí subido comencé a dar lamentos y ayes que, más que un pretendido y solitario espíritu, semejara Santa Compañía en busca de almas perdidas.

Al punto despertó el convento con aquel escándalo y, entre velas y cabos encendidos, se abrieron postigos de celosías y contraventanas, de esas que llaman frailerías, en las dependencias superiores, por donde comenzaron a asomar rostros entre confusos y temerosos.

—¿Quién, en nombre del Señor, perturba de esa manera el descanso de vivos y muertos a estas horas? —osó finalmente preguntar la cara asomada de un anciano.

—¡Yo sooooy! —ululé mi voz como escuchara hacer a los cómicos que actuaban en la plaza los días feriados cuando remedan la voz de un alma penitente—. El ánimo contrita de... —leí de un vistazo en la labrada lápida, por vez primera celebré el haber sido obligado a aprender la magia de las letras— fray Servando de la Corrala, abad que fui de este otrora santo convento, convertido hoy en pozo de pecados y yeeerroos.

Y decoré mi espectral representación con hondos suspiros acompañados de profusas lamentaciones, mientras caminaba arrastrando mis pies sobre la tierra del camposanto con la vela iluminando de sombras mi rostro blanquecino.

Un coro de exclamaciones y rezos brotaron de los miradores del convento.

«¡El alma de fray Servando!», decían unos. «¡Jesús misericordioso!», se santiguaban otros. Continué yo mi presunto vagar por aquel valle de lágrimas arrastrando la cadena que portara conmigo mientras arreciaba en mis lamentaciones. En estas estaba yo, muy

imbuido de mi papel, cuando una ajada silueta se recortó contra un portillo. Sin duda tratábase de alguien de imperio, pues al punto se silenció el coro de rezos y el repicar de rosarios entre los frailes.

—¿Quién sois y qué deseáis? —Tuvo los arrestos de preguntar, pues si bien no parecía demasiado convencido de mi aparición, no era por ello menos cierto que me encontraba realmente allí. Y si los muertos quizá no podían hacer daño, los vivos no solían dejar de hacerlo.

Como fuera, alargué acusador mi dedo teñido de blanco hacia el cenobio.

—¡El Diablo haya cobijo entre estos muros que fueran santos! ¡Del nefando pecado acudo desde el más allá a acusaaaarooooos!

—*Domine quam multi sunt qui tribulat me. Eripe me...*! —musitó un rezo el anciano.

Los pocos latines que aprendiera de la barragana vinieron entonces en mi socorro.

—No turbéis a nuestro Señor pidiendo se os libre del hombre malvado. No cuando, sabed, que de vosotros mismo pedís que os libere. El Demonio ha tomado forma de rapaz y entre los muros de este santo cenobio lo habéis acogido. ¿Para redimirlo? ¡No! ¿Para practicar un exorcismo y sacarle el mal de dentro? ¡No! ¿Para qué entonces? Yo os lo diré: ¡para revolcaros en los placeres de la carne y sus pecados! ¡Para dejaros arrastrar al infierno enajenados por la lujuria! ¡Del pecado contra natura os acusamos los frailes muertos! ¡De mancillar estos muros sagrados del pecado nefando yo os acuso! —Me volví teatralmente hacia las lápidas, que asistían silentes y ajenas a todo—. ¡Levantaos, hermanos! ¡A alzaros os conmino!

Alzóse al punto una gran batahola de gritos, mientras arreciaban los rezos y oraciones.

«¿De qué se nos acusa?», vi que preguntaba quien, por su aspecto, debía ser el abad. «Por Dios bendito. ¡El pecado nefando!».

Y no era esta acusación cosa vana. En tierras de Castilla, tal y tan traicionero crimen solía castigarse con la hoguera a poco que el

Santo Oficio oficiara y el vulgo, aburrido y ansioso de novedades, insistiera en ello.

—¡El hermano Montcada! —desveló alguien el secreto—. ¡Él es quien ha introducido el vicio y el escándalo en nuestra bendita comunidad!

Yo, de mientras, continuaba mi vagar penitente mientras el viento, al arrastrarse por los callejos, añadía a mi arrastrar de cadenas el ulular lúgubre de su soplo.

Al poco se abrió un pequeño portillo y vi a Raposo salir como, nunca mejor traído, alma que llevó el diablo. Se detuvo un momento sobrecogido al toparse de narices con mi mortuoria imagen, pero reconocióme al punto dándose a reír.

—¡Bujarrones! —les gritó mientras corríamos entre las tumbas, alegres como espíritus burlones—. ¡Fray Pere de Montcada! ¡Sodomita! ¡El demonio te meterá su tridente por el culo para asarte en su hoguera! ¡Julandrón!

Y así, entre denuestos, bromas y chanzas, escalamos el muro del cementerio dejándonos caer del otro lado, donde nos reunimos con Tajo, Mudo y mi ama, que nos aguardaban pálidos de temor por si llegaban a sus oídos el golpeteo de armas de hombres vivos más de preocupar, a su entender, que el acarrear rechinante de las encadenadas penas que los muertos arrastraban.

De esta cumplida manera abandonamos lo que por lustre debiera ser lugar sin mancha, para llegarnos hasta el antro de perdición que supone una mancebía y que, por azares de la naturaleza humana, era el único lugar donde todo era lo que semejaba y cada cual recibía lo que merecía según aquello por lo que pagara.

Por otra parte, aguardamos con el alma en vilo recibir noticia de todo lo acontecido en el camposanto del convento aquella noche, no fuera que hubiéramos sido de alguien reconocidos sin que, para nuestro alivio, trascendiera como era por nosotros esperado pues, aun siendo graves nuestras faltas, mucho peores eran la cuentas que a los monjes pudieran exigírseles por lo pretendido; y en ver-

dad, incluso cuando el frío muerde, todos en lo posible buscan con la hoguera poner prudente distancia.

Lo que sí llegó hasta nosotros es que un tal monje llamado Pere de Montcada había sido invitado a abandonar la congregación. Y, se rumoreaba, no fue a más su castigo pues tenía su familia gran predicamento en la corte aragonesa de donde fuera soberano nuestro finado rey, don Fernando. Y no era prudente por un pecado de carne, y de carne de pobre, además, meter la mano en un avispero, debió columbrar el abad del convento lleno de buen y atinado juicio. Nosotros, de mientras, reímos, brindamos y continuamos con nuestra pequeña e insensata existencia sin ser conscientes de que ninguna obra, por buena que fuera, quedaba nunca sin castigo.

